

(Europa)

[Andrés Ortega](#)

Cuando en un reproductor de DVD se aprieta *stop* o pausa, suele salir en pantalla el mensaje: "El disco se reanudará en este punto". Pero si uno tarda mucho en volver a ponerlo en marcha, descubrirá que se ha parado y que hay que empezar desde el principio, aunque sea para pasarlo deprisa. Esto le puede ocurrir a la Unión Europea tras la "pausa para la reflexión" sobre el futuro de su Constitución decretada hasta pasadas las elecciones francesas en 2007. Cuando quieran continuar, el aparato se puede haber apagado, y muchos ciudadanos no se acordarán del trozo de película que han visto. No bastará con poner al Tratado Constitucional un frontispicio nuevo, político y atractivo, que permita a los franceses, con un nuevo presidente, o a los holandeses, volver a votar tras los *noes* que han desatado la crisis. Pero lo peor es que no se sabe qué hacer en este tiempo. El parón puede ser un vacío que se convierta también en pausa de la ampliación, pausa de la profundización y pausa de una UE que ha quedado entre paréntesis.



Por detrás de todos estos debates, del enfrentamiento entre las élites gobernantes y la ciudadanía en un país central como Francia, pero también de las heridas personales que se abrieron en el desgarrador Consejo Europeo de Bruselas en junio, han salido a la luz al menos tres tipos de alineamientos en el continente, que no son la *vieja* y la *nueva* Europa de las que hablara Rumsfeld. Las antiguas posiciones ante la guerra de Irak cuentan ya menos que otros factores. Hay una oposición entre los egoístas (no son todos los ricos ni todos ellos son ricos), por una parte, y los nuevos miembros pobres y los que quieren beneficiarse de la política de la cohesión, por otra. El llamado Grupo de la Cohesión, que se reúne

para concertar posiciones, cuenta con 17 miembros. Está también el antagonismo entre los que quieren una Europa-mercado y los que desean una mayor integración política. Lo que falla en el razonamiento de los primeros es que, incluso para hacer sólo mercado, se necesitan estructuras políticas. Los Estados han hecho mercado en sus ámbitos. La UE necesita dotarse de un armazón político más profundo para hacer realmente mercado e ir más allá. Esto no es el NAFTA entre Canadá, EE UU y México.

Y finalmente, se encuentra la dicotomía, más teórica que real, sobre el modelo social entre el llamado anglosajón y el renano (no es neoliberalismo contra socialdemocracia). La renovación de los Estados del bienestar atañe, de forma esencial, a cada uno de ellos. Cuestión central es en qué medida la Unión es el marco adecuado para este debate. Se puede hablar de una Europa más social -y algunas medidas se han tomado-, pero la realidad es que, salvo en algunas líneas de protección de derechos, la UE puede aportar poco, pues no es el lugar en el que se discute sobre prioridades o cuantías en el gasto social. Esto plantea algún problema, por ejemplo en España, porque si el Estado central solamente controla el 19% del gasto público (el 30% sería la Seguridad Social y el 50% lo que va a las comunidades autónomas), la capacidad redistributiva estatal prácticamente desaparece. No se transfiere a Europa, con un presupuesto que sólo a duras penas y por poco superará el 1% del PIB, y será menos distributiva de lo que es. ¿Quién redistribuirá? En el fondo, la discusión sobre Europa lleva a otra sobre el futuro del llamado Estado-nación.

Estamos obligados a dar a la UE instrumentos para resolver los problemas que preocupan a los ciudadanos o reconocer los límites de la Unión

No hay que perder de vista lo que ha salido destruido. En primer lugar, el eje francoalemán en sus extremos y en su vínculo. Ambos países, convertidos, junto a los italianos, en los más conservadores -en el sentido de resistirse al cambio-, necesitan recuperarse internamente antes de poder funcionar realmente entre ellos. En una Unión de 25 ya no son el único eje, ya no son suficientes, pero sí necesarios. Además, que Francia y Alemania vayan bien interesa a todos, incluidos España y el Reino Unido. Entre las ruinas ha quedado también,

debido a la separación holandesa, el Benelux (Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo), que, aunque relativamente pequeño, es un pilar fundamental de esta construcción. Y, por supuesto, el fin (al menos momentáneo) de la ampliación, salvo a Rumanía y Bulgaria. Si se plantea la apertura de negociaciones con Turquía para octubre, como está previsto, ¿quién lo vetará?

Estamos obligados a repensar Europa, y no sólo a hablar de acercar Europa a los ciudadanos, sino a dar a la UE instrumentos para resolver los problemas que preocupan a los ciudadanos, o decir con claridad que la Unión tiene sus límites, no sólo geográficos, sino también de posibilidades. ¿Se acerca ese punto? En la forma actual de la UE, es posible. Y por eso hay que pensar en otras fórmulas que pueden pasar por la de los *círculos concéntricos* o solapados: en el centro, una cuasi-federación de unos pocos. Alrededor, la Unión. Y más allá, la Confederación, que puede llegar hasta Rusia. No todo con separaciones cartesianas, pues el Reino Unido seguirá sin estar en el euro, pero sí en la Europa militar, si ésta no queda asfixiada por una OTAN que ha ganado en gallardía y en voluntad de volver a convertirse en centro de reflexión política tras la crisis de la UE. Hay unos meses de pausa para la reflexión. Pero no hay método para llevarla a cabo, para ver cómo avanzar a la espera de la Constitución, o sin ella, cómo planear para 2008 una nueva Conferencia de Mesina y asegurar que Europa no pasará de estar entre paréntesis a quedar entre interrogantes. De (Europa) a ¿Europa?
Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios.

Cuando en un reproductor de DVD se aprieta *stop* o pausa, suele salir en pantalla el mensaje: "El disco se reanudará en este punto". Pero si uno tarda mucho en volver a ponerlo en marcha, descubrirá que se ha parado y que hay que empezar desde el principio, aunque sea para pasarlo deprisa. Esto le puede ocurrir a la Unión Europea tras la "pausa para la reflexión" sobre el futuro de su Constitución decretada hasta pasadas las elecciones francesas en 2007. Cuando quieran continuar, el aparato se puede haber apagado, y muchos ciudadanos no se acordarán del trozo de película que han visto. No bastará con poner al Tratado Constitucional un frontispicio nuevo, político y atractivo, que permita a los franceses, con un nuevo presidente, o a los holandeses, volver

a votar tras los *noes* que han desatado la crisis. Pero lo peor es que no se sabe qué hacer en este tiempo. El parón puede ser un vacío que se convierta también en pausa de la ampliación, pausa de la profundización y pausa de una UE que ha quedado entre paréntesis.



Por detrás de todos estos debates, del enfrentamiento entre las élites gobernantes y la ciudadanía en un país central como Francia, pero también de las heridas personales que se abrieron en el desgarrador Consejo Europeo de Bruselas en junio, han salido a la luz al menos tres tipos de alineamientos en el continente, que no son la *vieja* y la *nueva* Europa de las que hablara Rumsfeld. Las antiguas posiciones ante la guerra de Irak cuentan ya menos que otros factores. Hay una oposición entre los egoístas (no son todos los ricos ni todos ellos son ricos), por una parte, y los nuevos miembros pobres y los que quieren beneficiarse de la política de la cohesión, por otra. El llamado Grupo de la Cohesión, que se reúne para concertar posiciones, cuenta con 17 miembros. Está también el antagonismo entre los que quieren una Europa-mercado y los que desean una mayor integración política. Lo que falla en el razonamiento de los primeros es que, incluso para hacer sólo mercado, se necesitan estructuras políticas. Los Estados han hecho mercado en sus ámbitos. La UE necesita dotarse de un armazón político más profundo para hacer realmente mercado e ir más allá. Esto no es el NAFTA entre Canadá, EE UU y México.

Y finalmente, se encuentra la dicotomía, más teórica que real, sobre el modelo social entre el llamado anglosajón y el renano (no es neoliberalismo contra socialdemocracia). La renovación de los Estados del bienestar atañe, de forma esencial, a cada uno de ellos. Cuestión central es en qué medida la Unión es el marco adecuado para este debate. Se puede hablar de una Europa más social -y algunas medidas se han tomado-, pero la realidad es que, salvo en algunas

líneas de protección de derechos, la UE puede aportar poco, pues no es el lugar en el que se discute sobre prioridades o cuantías en el gasto social. Esto plantea algún problema, por ejemplo en España, porque si el Estado central solamente controla el 19% del gasto público (el 30% sería la Seguridad Social y el 50% lo que va a las comunidades autónomas), la capacidad redistributiva estatal prácticamente desaparece. No se transfiere a Europa, con un presupuesto que sólo a duras penas y por poco superará el 1% del PIB, y será menos distributiva de lo que es. ¿Quién redistribuirá? En el fondo, la discusión sobre Europa lleva a otra sobre el futuro del llamado Estado-nación.

Estamos obligados a dar a la UE instrumentos para resolver los problemas que preocupan a los ciudadanos o reconocer los límites de la Unión

No hay que perder de vista lo que ha salido destruido. En primer lugar, el eje francoalemán en sus extremos y en su vínculo. Ambos países, convertidos, junto a los italianos, en los más conservadores -en el sentido de resistirse al cambio-, necesitan recuperarse internamente antes de poder funcionar realmente entre ellos. En una Unión de 25 ya no son el único eje, ya no son suficientes, pero sí necesarios.

Además, que Francia y Alemania vayan bien interesa a todos, incluidos España y el Reino Unido. Entre las ruinas ha quedado también, debido a la separación holandesa, el Benelux (Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo), que, aunque relativamente pequeño, es un pilar fundamental de esta construcción. Y, por supuesto, el fin (al menos momentáneo) de la ampliación, salvo a Rumanía y Bulgaria.

Si se plantea la apertura de negociaciones con Turquía para octubre, como está previsto, ¿quién lo vetará?

Estamos obligados a repensar Europa, y no sólo a hablar de acercar Europa a los ciudadanos, sino a dar a la UE instrumentos para resolver los problemas que preocupan a los ciudadanos, o decir con claridad que la Unión tiene sus límites, no sólo geográficos, sino también de posibilidades. ¿Se acerca ese punto? En la forma actual de la UE, es posible. Y por eso hay que pensar en otras fórmulas que pueden pasar por la de los *círculos concéntricos* o solapados: en el centro, una cuasi-federación de unos pocos. Alrededor, la Unión. Y más allá, la Confederación, que puede llegar hasta Rusia. No todo

con separaciones cartesianas, pues el Reino Unido seguirá sin estar en el euro, pero sí en la Europa militar, si ésta no queda asfixiada por una OTAN que ha ganado en gallardía y en voluntad de volver a convertirse en centro de reflexión política tras la crisis de la UE. Hay unos meses de pausa para la reflexión. Pero no hay método para llevarla a cabo, para ver cómo avanzar a la espera de la Constitución, o sin ella, cómo planear para 2008 una nueva Conferencia de Mesina y asegurar que Europa no pasará de estar entre paréntesis a quedar entre interrogantes. De (Europa) a ¿Europa?

Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios.

Andrés Ortega

Fecha de creación

6 septiembre, 2007